

Por: María Celina Fares

Altamirano Carlos: «Peronismo y cultura de izquierda en la Argentina 1955-1965», Buenos Aires, Temas Grupo Editorial (2001)

Paralelamente a la historia del peronismo se desarrolló otra historia: la historia de las ideas sobre el peronismo, dice Altamirano. De las que la izquierda desplegó frente al peronismo se trata este libro, que no es más que una serie de ensayos escritos en diferentes momentos y que guardan su marca originaria pero, con la inclusión de los tres primeros inéditos hasta el momento, se pretende encuadrar y dar direccionalidad a la propuesta.

Se trata de recorrer desde el triunfo del peronismo hasta Montoneros y de cómo la izquierda tramitó su relación con un proceso histórico que la obligó a revisar sus contenidos y a someterlos a los desafíos externos, tanto político-sociales como los discursivos de sus rivales, generando una serie de debates y posicionamientos que buscaron interpretar el peronismo.

Este itinerario comienza deslindando las opciones que adoptaron distintos referentes de la cultura de izquierda frente al peronismo: o se estaba del lado de la desperonización de las masas compartiendo su posición con el campo liberal, como hizo la vieja izquierda con el fin de recuperar su conciencia de clase arrebatada por la experiencia de fascista, o se trataba de entender al peronismo como una etapa de la revolución nacional al socialismo, como lo harán las escisiones que se producirán dentro de los viejos partidos de izquierda.

La utilización de las representaciones del pasado como objeto privilegiado de la lucha por la definición legítima del presente nacional fue un lugar común desde la órbita no sólo del antiperonismo, sino también dentro del mismo peronismo. El diseño de «Las dos Argentinas» sostenido con diversos contenidos por protagonistas de la época es recuperado por Altamirano, contrastando cómo gran parte de la familia progresista se filió con la tradición liberal en el rescate de la libertad y el progreso, con aquellos sectores del peronismo liderados por J. W. Cooke que encontraron en el revisionismo la historia del peronismo. Si bien ya T. Halperín Donghi lo había señalado y D. Quattrocchi Woisson documentado, a la tradicional reconstrucción de cómo el peronismo se sumó a la historia de la nacionalidad representada por la línea Rosas - Yrigoyen - Perón, Altamirano le agrega la difusión pública de un tema desde luego nada novedoso.

En «Duelos intelectuales», recupera la famosa polémica entre Sabato y Borges, también trabajada por O. Terán diez años atrás. El objetivo es contrastar las imágenes que desde el mundo de las letras reflejaban los esquemas narrativos interpretativos del discurso social antiperonista. Éste se fragmentaba entre aquellos que discriminaban la legitimidad del pueblo peronista de la figura de Perón, de los que no podían desarticular la relación inextricable del régimen, su líder y la turba, divulgando una serie de estereotipos que sostenían la lucha por definir la visión y la división legítimas de la sociedad argentina.

El combate por el significado del hecho peronista es el fondo del artículo «Peronismo y cultura de izquierda en la Argentina», donde destaca cómo ningún otro sector se vio tan perturbado o desafiado por la aparición del movimiento de masas incorporadas a la escena política por un caudillo militar, y cuya pervivencia le genera una situación de constante revisión que intenta dar cuenta de su propia debilidad política partidaria y buscar entonces un campo de gravitación ideológica.

Desde el corte generacional que hace la nueva izquierda se inscribe al peronismo en un proceso y en una teoría cuya búsqueda de significado desplazaba el desciframiento de una realidad presente en sus orígenes, mientras que el interrogante abierto a futuro será aguardar su crisis o su transmutación.

Si el peronismo no pertenecía a la familia fascista entonces ¿qué era?: las interpretaciones revisionistas como las de A. Ramos, R. Puiggrós, H. Arregui, M. Peña e. I. Viñas tendrían llegada al público cada uno con sus matices, pero en definitiva definiéndolo como un acontecimiento progresista frente a la dominación oligárquico-imperialista.

Mientras tanto el nacionalismo militar ofrecía otra visión del peronismo como portador de las valencias nacionales donde el Ejército era el instrumento de síntesis del mundo social engendrado por la industrialización que no encontraba otro modo de representación de los intereses de la burguesía y de la clase obrera.

Así la izquierda se desplazaba con el peronismo revisado, estableciendo puentes de encuentro con el nacionalismo. Si el campo de avanzada para el PS y el PC era el democrático progresista, para la nueva izquierda era el campo nacional.

En «La pequeña burguesía, una clase que va al purgatorio», el rescate de la literatura de izquierda y su crítica a las clases medias y pequeñas burguesías le

permiten ver cómo se construye un sujeto político cuya autocrítica marca la necesidad de conversión revolucionaria para reparar el daño causado por ser parte de la alianza antiperonista.

A partir de 1955 la proscripción y el exilio proporcionan una estructura de desdoblamiento del peronismo que se despliega entre lo fáctico y lo virtual o exilado. Tanto a Perón —aunque no siempre— como al pueblo excluido se les adscribía la representación de «El peronismo verdadero», mientras que la dirigencia sindical y políticos locales representan el orden de lo empírico, cuya caída significaría la posibilidad del primero. De allí la tarea de la izquierda de rescate del verdadero peronismo, cosa que nunca, en definitiva, pudo ser consumada.

Sin duda, su mayor creatividad se despliega en torno a una idea menos documentada pero más sugerentemente relatada para explicar la supervivencia del peronismo en sus diferencias llegando incluso a los '90. Se trata de la remisión al desdoblamiento del peronismo en verdadero y empírico.

En efecto, el punto de mayor tensión se encuentra en «Montoneros». Inspirado en la película de *Cazadores de Utopías*, de Blaustein-Jauretche, en la que predomina la matriz del mito montonero, que tiene que ver más con el duelo que con la explicación de un problema, y hace un recorrido por los tópicos que nutren ese imaginario. Desde el populismo radical, con raíces en la cultura cristiana y en la cultura de izquierda, se dinamizan las prácticas fundadas en la esperanza escatológica y pulsión mesiánica, donde el movimiento político de los trabajadores es la representación mítica del pueblo peronista y como *es* el pueblo elegido para la redención, se acude al fetichismo de la violencia como elemento depurador de traidores, a la lógica del partido armado e incluso a la impostura o distancia entre lo dicho y lo hecho.

Más allá de los contenidos simbólicos, advierte que son posibles otros recorridos. Es más, la pregunta surge a partir de que los testimonios de antiguos montoneros no pueden contar su historia militante como lo hacían sus abuelos republicanos sobre la guerra civil española. Esta pregunta abre una brecha sobre la matriz mítica del trabajo dejando abierta la puerta para el ejercicio de otro tipo de indagaciones.

Altamirano parece heredar el espíritu revisionista de Terán, coincidiendo la preocupación de los analistas con la de los protagonistas, aunque la distancia

epocal es determinante en la transformación del rol del intelectual. Uno de sus aportes consiste en extender el período estudiado tomando como antecedentes los partidos de izquierda durante el peronismo, ampliando las fronteras de los *sixties* que indaga Terán, llevándolas hasta los '70 para profundizar el potencial explosivo que significó la relación entre peronismo, izquierda y nacionalismo. En esto complementa la visión de Halperín, que si bien no se detiene en el complejo ideológico que arguye la violencia, entiende que en vez de cerrar el proceso en el fracaso que significó el '66, se puede leer su impacto en la violencia de los '70, y en las debilidades del primer gobierno democrático de los '80.

Finalmente, concluye advirtiendo con el diagnóstico de L. A. Romero sobre lo lejos que estamos de ver al mundo con las promesas que se abrían el '45 o los '60. Actualmente no se piensa al peronismo en los términos del pasado: ya no representa el *mal*, como lo fue para la izquierda liberal, ni la posibilidad de la *revolución* como lo fue para la nueva izquierda. Sin embargo ese peronismo imaginado del pasado todavía nos afecta. Si el hecho peronista —como esta jerga lo denomina— transformó la relación de la sociedad argentina consigo misma y desencadenó entre sus opositores una revisión ideológica con fuertes interrogantes sobre el fondo de enemistad: peronismo/antiperonismo, con la violencia estatal ejercida sin límites, esa enemistad se desactivó. Los interrogantes no fueron contestados, pero se han desgastado.

Los interrogantes se abren en un nuevo escenario. No sólo sobre la esencia del peronismo, sino sobre la Argentina y el mundo. La crisis de la izquierda tanto en su faz revolucionaria como socialdemócrata, la clausura de un tipo de desarrollo capitalista de bienestar suplantado por el neoliberal y la concomitante declinación de la centralidad obrera dejan a los reformistas en un laberinto de interrogantes sobre la lucha política contra el dominio incondicionado del capital —dentro del compromiso democrático— y sobre la crisis de la política que produce el gobierno de mercado.